

# Jóvenes que necesitan orar

ANTONIO BOTANA

El preámbulo de esta reflexión es un grito de socorro: «SOS: el Silencio se está muriendo». El Silencio, mártir de nuestro tiempo, profeta perseguido y orillado por denunciar la vaciedad y el sintentido de tantas vidas... —¿De verdad que se está muriendo?

El Silencio está ya agonizando en el asfalto tembloroso de las ciudades, en los grandes almacenes —templos del «dios-tener»—, en los santuarios domésticos de la pequeña pantalla, en las calles surcadas por el trepidar de las motos y en los sótanos discotequeros... En todos esos campos de batalla, el Silencio agoniza, si no ha dejado ya de existir. Entre sus despojos crecen, como hongos, el aburrimiento y la soledad, la incomunicación y el distanciamiento entre las personas, la agresividad y el «stress».

Vengan las plañideras a llorar no sólo por el Silencio, sino por el hombre mismo, porque con el Silencio muere la identidad del hombre, desaparece la puerta de encuentro con el Misterio, ya no cabe pensar en una dimensión de trascendencia; sólo quedan marionetas ambulantes.

Pero, ¡basta de ayes!, que el presunto cadáver está vivo, y muy vivo. O por lo menos, hemos de reconocer que está renaciendo con fuerza, aunque sólo sea entre una minoría de la juventud.

Renace entre esos jóvenes que buscan lugares de encuentro y de oración, como Taizé; en aquellos que dicen sí a la vida y se preguntan por su origen y su destino; en aquellos para los que la palabra «Dios» se encuentra preñada de sentido y en ella buscan las raíces de su existencia; en quienes han logrado escabullirse del remolino de la competitividad, el consumismo y la masificación, y han optado por cuanto hace al hombre más hombre desde dentro y con su hermano.

El grito del silencio en la juventud es ya un auténtico clamor, aunque con frecuencia sea difícil escucharlo, aunque a veces esté disfrazado de esoterismo, o se ahogue en el vértigo de rebuscadas sensaciones diluyentes de la personalidad.

Y el silencio —que no es «vacío», sino «plenitud»— es el umbral de Misterio. Por eso, cuando el joven de hoy comienza a hambrear el silencio, ya está llamando a la puerta del Misterio. Cuando el joven de hoy —el de la minoría, es cierto— comienza a gustar el silencio, está ya descalzando su pie —como Moisés— para entrar en la tierra sagrada de Dios.

Y ésta es una llamada de atención para el educador de la fe: si alguna necesidad tiene el joven de hoy, ésta es la de encontrarse a fondo con el Misterio: con el gran Misterio de Dios. Dicho aún más concretamente: el joven de hoy necesita ORAR. Y tristemente, *apenas* hemos enseñado a orar. O más bien, no hemos enseñado a vivir la fe como lo que es: un ENCUENTRO gozoso, de persona a Persona, desde lo que somos, con el que ES, en la historia personal y de todo el Pueblo.

Y no lo hemos enseñado porque ello suponía recorrer un camino cuyos tramos estaban —y están— poco menos que desprestigiados y desvalorados en nuestro mundo, nuestra cultura occidental. El silencio, lo inútil, la soledad, la interiorización, la humildad..., son palabras marginadas entre nosotros. Son palabras apenas conocidas en la pedagogía predominante en nuestros colegios. Precisamente por eso mismo el joven de hoy, aunque lo necesita, no está preparado ni predispuesto para la oración. Porque educar para la oración equivale a educar en:

## 1. EL SILENCIO, frente a la charla y el bullicio

*Silencio*, palabra denostada por nuestra generación, a quien suscita resonancias de «vacío», «represión», «aburrimiento»... Pero hay que rescatarla. Mejor dicho, necesitamos rescatarla si queremos seguir existiendo como personas y no ya como seres manipulados. Necesitamos reintegrar el silencio a su puesto en la educación:

el silencio como espacio de acogida;  
el silencio como capacidad de escucha;  
el silencio para sentirse uno mismo existiendo;  
el silencio para recuperar la hondura de las palabras;  
el silencio para oírse palpar;  
el silencio para advertir la diferencia entre yo mismo y las cosas, los ruidos, las sensaciones, las ilusiones, las ansiedades...;  
el silencio como frontera que me impida caer en el vértigo de no-ser;  
el silencio para llegar a la profundidad de uno mismo y tocar fondo allí donde comienza la tierra de Dios.

Difícil. Demasiado difícil en un mundo que rebosa ruidos y palabras huecas. Supone todo un desafío, un enfrentamiento contra los reclamos que nos llegan desde fuera y que dividen una y mil veces nuestra personalidad hasta dejarla desprovista de defensas, a merced de quien quiera manipularla. Se necesitará una ascesis continuada para recuperar la inmunidad. Una ascesis de silenciamiento de la mente, la afectividad, el cuerpo, el ambiente...

El silencio como propedéutica para la oración; pero también, el silencio como oración. Lo mismo que existe el silencio como momento previo para acoger a la persona amada, y existe el silencio como palabra mutua de amor, como único diálogo de enamorados. De igual manera el silencio es necesario como espacio y ambiente de oración, pero luego será la misma oración, en cuanto que nos permite escuchar «los gemidos inexpresables del Espíritu» (Rom. 8, 26), el mismo que clama en nuestros corazones: «¡Abba, Padre!» (Gál. 4, 6).

El silencio como condición de escucha de la Suprema Palabra, la de Dios. En el silencio de la noche los profetas escuchaban los oráculos que habrían de transmitir. Y «en el profundo silencio de la noche la Palabra de Dios bajó de los cielos» (Sab. 18, 14-15) y se hizo carne.

## 2. LO INUTIL Y LO GRATUITO frente a lo pragmático y lo competitivo

- «¡Por favor... domesticame! —dijo el zorro.  
—Bien lo quisiera —respondió el principito—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo que encontrar amigos y conocer muchas cosas.  
—Sólo se conocen las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡domesticame!  
—¡Que hay que hacer? —dijo el principito.  
—Hay que ser muy paciente —respondió el zorro—. Te sentarás al princi-

pio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...» (*El Principito*, de Saint-Exupéry).

Así es: la amistad no se compra con dinero. Y la oración es cuestión de amistad. Hay que entrar en el terreno de lo inútil, lo gratuito, lo no comerciable, para poder entrar en la aventura de la oración. Habrá que cambiar las clavijas con las que funcionamos normalmente, para aceptar los presupuestos de la oración. En una sociedad como la nuestra, regida por la economía de mercado, donde es perfectamente lícito quemar ochenta toneladas de patatas para que los precios no bajen, aunque no muy lejos se estén muriendo de hambre muchas personas... ¿cómo entender que merece la pena gastar nuestro mejor tiempo, sin hacer nada *útil*, sólo saboreando el DON en sí mismo, dándome a Dios, recibiendo a Dios...?

En una sociedad cuyo dinamismo se fundamenta en el principio de competitividad, donde el pragmatismo es la única respuesta válida a los porqués de las cosas, ¿cómo aceptar que la oración es la gran fuerza capaz de transformarme y de transformar el mundo?

Hay que dar un giro en esa educación tecnicista que predomina hoy en nuestros colegios: de tanto preguntarnos el «para qué» de las cosas, a llamar más la atención sobre el «porqué», es decir, por el sentido profundo de las cosas, de la vida misma.

Hay que entrar de lleno en el valor de la gratuidad, porque este valor está en la base de la fe cristiana; más aún: porque la gratuidad es lo más profundo de Dios. la GRATUIDAD, así con mayúsculas, es el Espíritu Santo, el Amor de Dios mismo, Dios que se da sin otro porqué que su mismo Amor.

La juventud actual tiene una puerta abierta a la gratuidad cristiana. Su sentido festivo y libre de la vida, su facilidad para el encuentro, son notas dominantes bien a la vista en las múltiples concentraciones juveniles que hoy se dan, de tipo religioso o de otros ámbitos. Creo que no es difícil, con esta base, el dar este segundo paso en el camino hacia la oración.

### 3. LA SOLEDAD frente a la masificación

Un paso más. Ahora nos encontramos con el «coco». Para el hombre de hoy, más aún para el joven, la SOLEDAD es algo así como un fantasma temido, cuya sola mención provoca accesos de angustia. En realidad, en ese caso se trata del pseudónimo del *aislamiento*, un fruto típico de nuestro mundo civilizado, paradójicamente más abundante allí donde se dan las grandes concentraciones urbanas, es decir, en paralelo con la masificación, y simultáneamente a la despersonalización.

Justamente aquí hablamos de lo contrario: Soledad = «quedarse a solas», encontrarse uno mismo en la propia originalidad, recobrar la conciencia de existir, en armonía, sí, pero no en «fusión» con el resto del universo. Y SOLO desde esta conciencia de SER yo mismo, podré realizar el encuentro con los otros y con el Otro.

Soledad. Su sobrenombre bíblico es «DESIERTO».

«La llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os. 2, 14), dice el profeta, para expresar el encuentro de Dios con su Pueblo, bajo la imagen del Esposo y la mujer que le ha sido infiel.

El desierto es el lugar, por excelencia, de la revelación. Allí, donde el hombre experimenta su total pobreza y debilidad, donde palpa lo relativo que es todo, es donde se encuentra con el único Absoluto. Allí se abre a quien puede colmar su vacío.

Es así la pedagogía de Dios. El desierto es paso obligado en el camino del Exodo hacia la Tierra Prometida. La soledad, como condición para el encuentro. El desierto es el lugar de la maduración, donde uno prueba sus fuerzas y aprende a valorar lo que es fundamental y a prescindir de lo que es accesorio o superfluo. El desierto es el lugar del enfrentamiento con la tentación; allí el hombre mide su resistencia ante el poder, el ansia de placer, el afán de prestigio, la sed de dominio, y es donde tiene que decidir si Dios será el auténtico Señor de su vida.

El desierto es el lugar de la opción: volver a Egipto, a los ajos y cebollas de la esclavitud, o seguir la dura marcha hacia la libertad. Allí habrá de olvidar los caminos trillados, porque no los hay, y tendrá que hacer su propio camino. Y mientras lo va haciendo, lo mismo que Israel, irá adquiriendo su propia identidad; lo mismo que Jesús, habrá de elegir entre el mesianismo fácil del mundo o aquel que pasa por la cruz —pero que culmina en la resurrección—.

También aquí hay un punto de partida que existe en la juventud actual: en ella hay una tímida vuelta al desierto. Es el regreso a la naturaleza, manifestado de tantas formas; es la huida de la ciudad, es la búsqueda de la montaña, el campo, el río... Es, todavía, una búsqueda muy primaria de soledad: la soledad ambiental, pero puede ser el primer paso de otros que deberán seguirle antes de llegar a la oración: la lectura para motivarse, la reflexión personal, el encuentro con la Palabra y —desde ella— el encuentro con el otro en el diálogo callado de la oración.

#### **4. LA REFLEXIÓN frente al activismo**

No voy a discutir el principio pedagógico de la Nueva Escuela: «Aprender, haciendo». Pero sí voy a añadir otro que prevenga la posible ambigüedad

en que puede caer aquél: «Vivir reflexionando». Sería la contrapartida de tanta agitación en la que vive sumergido nuestro hombre; cansado de extrovertirse todo el día, se sienta en el sofá de su casa, es para continuar con otro tipo de agitación, esta vez promovida desde la pequeña pantalla o al ritmo que marca su aparato «higt fidelity». En el fondo, casi en el subconsciente, elude la reflexión porque intuye el peligro: preguntarse por el porqué de tantas cosas, constatar el absurdo de tantas situaciones y actitudes, valorar, criticar, juzgar..., uno se expone a tener que optar, decidir por sí mismo como un adulto; y para eso ya están los creadores y manipuladores oficiales y extraoficiales de la opinión pública, que nos ahorran el incómodo trabajo de pensar y decidir por cuenta propia, permitiéndonos así prolongar indefinidamente una infancia que nada tiene que ver con la evangélica.

El paso a que aquí nos referimos, en el camino hacia la oración, no tiene nada que ver con una reflexión narcisista, que empieza y termina en uno mismo —la pescadilla que se muerde la cola—. Se trata más bien de un análisis crítico de la realidad, que es siempre operativo, no meramente considerativo; por consiguiente, parte de la realidad y tiende a transformarla. Es dar toda la importancia al VER y al JUZGAR para que el ACTUAR pueda resultar transformador. Y todo ello habrá de convertirse en una lectura *creyente* de la realidad; pero eso es otro paso, aunque pueda o deba ser simultáneo. Ahora queremos llamar la atención sobre esta actitud crítica que hay que adoptar en la vida, como un elemento educativo necesario para la oración cristiana.

Supone tomar conciencia de las cosas, de las situaciones, de las propias actitudes; caer en la cuenta de los problemas y contradicciones de nuestra vida, su magnitud o su pequeñez real, y no darlos, de partida, como insolubles, sino tratar de buscar sus causas y posibles soluciones; no dar por válido ningún tópico y situarse en guardia ante los posibles prejuicios que nos impiden comprender los problemas; estar en actitud de revisión y de diálogo sin polémica; estar abiertos a cualquier idea nueva o vieja que pueda ser positiva...

## 5. LA HUMILDAD frente a la superioridad

Según rezan los cánones de la publicidad consumista, para triunfar en la vida hay que «ser atrevido», «pisar fuerte», «no dejarse avasallar»... O sea: ¿estamos ya fuera de órbita con este quinto paso? Porque mencionar aquí la humildad cae en los límites de la irrisión, y decir a un joven de hoy que sea humilde —cuando los grandes almacenes comerciales juran estar a sus pies— es lo mismo que darle un comprimido para que le hierva la sangre. ¡Hasta ahí podíamos llegar...!

Pues sí: hay que llegar hasta ahí; hay que *educar en la humildad*, aunque de hecho tengamos a todo el mecanismo social en contra. No hay posibilidad alguna de oración sin humildad. La oración del fariseo —aunque era el «justo»— está descalificada de manera absoluta; sólo la del publicano —aunque era el «malo» de la película— es válida ante Dios.

Educar en la humildad equivale a hacer tomar conciencia de dos dimensiones del hombre: somos *barro* y somos *pueblo*. Así nos ha hecho Dios y así quiere que nos presentemos ante El.

Saberse «barro» es adquirir conciencia de la propia fragilidad, de estar en una situación forzosamente precaria. Es dejarse moldear por las manos del alfarero, a su gusto, y reconocer que nos quebramos muchas veces. Esto tiene una traducción muy práctica en las relaciones con los otros: significa aceptar que también los demás son de barro; será, pues, normal la comprensión de las debilidades ajenas; significa aceptar que yo no soy más que los otros, que me puedo equivocar, que necesito su ayuda...

Saberse «pueblo» —y «pueblo de Dios» que es lo mismo que decir «pueblo de hermanos»— es adquirir una conciencia solidaria, fraterna, sobre todo con los más débiles. Desde esta conciencia van desapareciendo los protagonismos de figurín y el afán de estar por encima del otro, para dejar paso a una preocupación por aupar al otro, sobre todo al más pequeño. Entonces sí podemos presentarnos ante Aquel que «da su gracia a los humildes» y «dispersa a los soberbios de corazón».

## 6. LA CONTEMPLACION frente a la superficialidad

«Esta vez estamos de suerte —dirá alguno—; la nueva generación es muy contemplativa: ¡hay que ver la cantidad de horas que se pasa ante la tele!...» Está claro que no nos referimos a ese tipo de «contemplación», en este nuevo paso hacia la oración. Aquélla engendra pasividad y, sobre todo, superficialidad. La contemplación de que hablamos, como el elemento que hay que educar en el joven de hoy, es esencialmente activa y con una dimensión de profundidad. Porque CONTEMPLAR es calar en la densidad de las cosas, de los acontecimientos, de las personas... Contemplar es ir más allá de lo aparente y descubrir lo que lo sostiene, su raíz. Es ser consciente de que «*la vida se inscribe en el corazón de las piedras*», tal como dice Pierre Etienne, monje de Taizé, en su bello libro de poemas *Memoria del Silencio*, recientemente traducido al castellano.

Contemplar es lanzar una mirada capaz de romper la opacidad de lo inminente, de tal forma que, paulatinamente, se van haciendo en la vida, en

la historia, en el mundo, *agujeros por los cuales puede transparentarse el infinito*, en palabras también de Pierre Etienne.

Con frecuencia se ha hecho una parodia del hombre contemplativo, tachándolo de «ausente», de vivir en otro mundo, de estar «en la inopia». Nada más opuesto a la realidad. El contemplativo es el hombre presente en el mundo como nadie; porque es aquel que sabe descubrir la grandeza de lo pequeño, de lo cotidiano, de lo que ni siquiera es noticiable. El contemplativo se distingue por su mirada atenta y vigilante, que descubre lo que a un ojo superficial se le escapa. Por eso, para ser auténticamente contemplativo hay que tener corazón de profeta; y profeta es el que va a la vanguardia de la historia, el que despierta al pueblo, el que advierte lo que los demás ni siquiera sospechan...

Dar al hombre, al joven, una dimensión contemplativa, es liberarlo de la superficialidad y poner profundidad en su existencia. Esto vale para cualquier hombre, no sólo para el creyente. Pero sí hemos de añadir que el hombre creyente necesita ser contemplativo si quiere encontrar a Dios allí donde se le presenta normalmente, es decir, en lo cotidiano, «*en el corazón de las piedras*». ¿Comprendemos entonces que sea un paso en el camino de la oración, y no sólo una consecuencia de la oración?

## **7. LA EXPRESIVIDAD frente al mutismo espiritual**

La dificultad para expresar sus vivencias religiosas es un inconveniente serio que retrasa en el joven su decisión de orar. No deja de ser una rara anomalía de la educación de la fe el que hayamos enseñado mucha doctrina e incluso suscitado el sentimiento religioso, sin que apenas nos hayamos preocupado de iniciar en el lenguaje religioso; es un fenómeno paralelo al que se daría en una escuela que enseñe matemáticas y se aprendan textos literarios de memoria, pero no se enseñe a hablar o a expresarse.

Esta dificultad no sólo alcanza a la oración, sino a la propia identidad del creyente en cuanto tal, incapaz de expresar su fe si no es a través de alguna fórmula aprendida cuyo significado profundo se le escapa por pertenecer a una cultura bastante diferente. Y es que no resulta posible llegar a «identificarnos», a reconocernos en cuanto personas, si no somos capaces de «revelarnos», de expresar lo que nos sucede y cómo nos sentimos. Esa es la principal función del «diario» en la adolescencia.

Cuando los discípulos de Jesús le piden que les enseñe a orar no es que no hubieranorado hasta entonces, sino que se dan cuenta que la experiencia religiosa que están viviendo es tan diferente, tan peculiar, que necesitan expresarla de una manera también diferente. Y el hecho posterior de utilizar la nueva Oración les permite sentirse a sí mismos, les da identidad como grupo cristiano.

Aquella primera Comunidad Cristiana de hace casi dos mil años también pasó su adolescencia; también sintió la necesidad de identificarse, y pudo hacerlo gracias a la expresión o revelación que hizo de su propia experiencia. No era un simple relato de lo que vio, sino el «diario» de lo que acontecía en su interior: sus transformaciones, sus luchas, sus esperanzas, sus proyectos, su historia... Y todo en torno al gran Acontecimiento que rompía cualquier molde: Aquel que era el fundamento y raíz de su misma existencia (Col. 2, 7). Bajo esta clave podremos entender mejor el Nuevo Testamento.

Pero una experiencia profundamente humana, como lo es la fe, va siempre más allá de lo tangible, incluso de lo verificable. Es que «lo esencial es invisible a los ojos; sólo se ve bien con el corazón», decía el zorro al Principito en la obra de Saint-Exupery. Y una cosa así necesita algo más que palabras para poder expresarse. Necesita un intermediario, un «traductor», algo que, siendo visible, roce lo invisible; siendo inmanente, deje transparentar lo trascendente; algo que llegue al corazón y a la mente... Y éste es el *símbolo*. Tal vez un gesto, un hecho, una parábola, un milagro, un nombre, una imagen... Ante él hay preguntas que se quedan sin sentido y sin respuesta —«¿Esto es cierto o no?», «¿Ocurrió así?»—, porque sería quedarse a nivel de las palabras. Lo único válido es preguntarse por la experiencia a la que nos remite el símbolo.

Para el que intenta descubrir las raíces de su fe, el camino a recorrer es el inverso del que siguió la planta: tendrá que ir desde las hojas hasta la raíz. Lo primero que se le ofrece son las formulaciones, una «hojarasca» necesaria, pero que despista a muchos; en esa literatura ha de descubrir los símbolos e identificarlos como tales; en ellos, a través de ellos, reconocerá su propia experiencia de cristiano, la que le une a través de los siglos con aquellos que fueron testigos del *Acontecimiento* y, por consiguiente, el cimiento de nuestra fe (Ef. 2, 20).

Pero luego, de inmediato, más bien a la vez, ha de recomenzar su propio camino, si quiere dar crecimiento a su fe y hacer más profunda su raíz: debe tratar de expresar su experiencia como cristiano, valiéndose de los símbolos que encuentre más apropiados y formulándolos incluso con palabras —«hojas» que ha de renovar en cada etapa de su vida, pero sin las que la planta se queda raquítica o muere—. Debe «estar dispuesto en todo momento a dar razón de su esperanza a cualquiera que le pida explicaciones» (1 Pe. 3, 15).

Este mutismo espiritual de los jóvenes es el que se pretende corregir en esas celebraciones juveniles que, felizmente, empiezan a proliferar, de manera especial la Pascua. En ellas tiene un papel muy importante la utilización del lenguaje religioso bajo diversos símbolos, nuevos y viejos. Cuando un cierto sector integrista del clero e incluso de la jerarquía se dedica a criticarlas en vez de apoyarlas, probablemente no se entere de que lo que en realidad están combatiendo es que el joven llegue a adquirir su identidad como creyente.

## 8. LA LECTURA CREYENTE DE LA HISTORIA frente al analfabetismo religioso

Para entender este último tramo de nuestro camino, nada mejor que referirnos a la experiencia del antiguo Pueblo de Dios:

Caundo Israel se establece en la Tierra Prometida, después de la gran aventura que ha durado cuarenta largos años, vuelve su vista para contemplar lo que ha dejado atrás, desde Egipto, pasando por el desierto hasta llegar a esa tierra fértil a la que acaban de llegar. Y descubre que en ese mapa que ha ido haciendo, todo tiene un sentido: todo converge para hacer posible el momento que está viviendo.

Entonces el pueblo vuelve a *leer* todo lo que les ha sucedido, adivinando tras cada uno de los acontecimientos la mano de Dios que les ha guiado hasta aquí. Al relatarlos para sus descendientes, pondrán de manifiesto la ayuda de Dios, valiéndose de imágenes prodigiosas, porque prodigiosa ha sido toda la aventura:

- el mar se abre a su paso,
- la nube que les da sombra de día,
- la columna de fuego que les ilumina de noche,
- la roca de la que brota la fuente que les calma la sed.
- las serpientes venenosas que castigan su dureza de corazón,
- la montaña desde la que Dios les invita a someterse a una ley que les asegure el mantenerse como pueblo,
- el maná que les alivia el hambre,
- la ayuda directa en las guerras contra sus enemigos,
- ...

Con todos esos símbolos, lo que ellos hacen es *sacar a la superficie lo que estaba en la profundidad*. De esta forma, cada vez que volviesen a encontrarse en circunstancias parecidas, ellos o sus descendientes, recordarían que, aunque no lo viesen, Dios estaba ayudándolos y empujándolos hacia el futuro, la libertad. Cada hecho ya no habria de quedar suelto, perdido en el absurdo, sino hilvanado en una historia de amor y fidelidad de Dios a la que sólo se corresponde con amor y fidelidad.

Esto es lo que se llama una «lectura creyente de la historia».

En este último tramo de nuestro camino hacia la oración estamos ya rozando el encuentro. En realidad, aquí estamos ya haciendo el camino *juntos*. Descubrimos que nuestras propias experiencias personales son significativas de la acción de Dios en la vida. Descubrimos que nuestra vida, nuestra historia, es también Historia de Salvación. Para llegar a ello es indispensable que nos pongamos en contacto con la Biblia y profundicemos en ella, y desde ella intentemos comprendernos mejor a nosotros mismos. Escuchamos a Dios que nos interpela y nos invita a ser protagonistas, junto con El, de esta Historia de Salvación que deja en nuestras manos.

Y sabiendo que El está en nuestra vida, surgirá el diálogo con El, como un nuevo Salmo en el que interpretamos los hechos concretos de la vida como gestos de su amor, los transformamos en oración de alabanza, de acción de gracias, de petición... y tratamos de conocer su voluntad sobre nosotros.

Pero, para llegar hasta aquí, hay que *aprender a leer*. El analfabetismo que demuestran tantos cristianos, la incapacidad para interpretar los acontecimientos como signos de Dios es uno de los gritos que deberían llegarnos más apremiantes a los educadores de la fe.

## años del Concilio Vaticano II

TESTA SOSTIZ GARZA

Y volver los niveles esenciales de nuestra vida de vuelta al Vaticano II para analizar la realidad actual y orientar el compromiso futuro. Necesitamos un marco referencial que nos permita superar ambigüedades y controversias contrapuestas que actúan como neutralizadoras de la vida cristiana y de la acción episcopal.

La identidad de la comunidad cristiana depende en gran medida del tipo de presencia y encarnación que se tenga, por lo mismo, hablar de la renovación a veinte años del Concilio Ecuménico Vaticano II, es preguntarse por el dónde y como de la vivencia y anuncio del Mensaje Cristiano.

El anuncio de la Buena Nueva y la propuesta de Jesús deben como finalidad la confesión de fe desde la propia vida, y el compromiso transformador de la realidad para que aparezca el Reino de Dios.

Esta misión única de la Iglesia universal, que afecta a la vocación de cada cristiano, impone hoy más que nunca la necesidad de una presencia sacramental que dé respuesta a los retos del mundo actual del agnosticismo, la idolatría y la tribalización.

¿Que nos dice el Vaticano II respecto de la acción evangelizadora de la Iglesia? ¿Cómo lleva la Iglesia a la práctica esta tarea que constituye su razón de ser? ¿Qué retos y urgencias pastorales descubrimos a veinte años del último Concilio?